

El Concilio: impulso para la vida religiosa

*L*as últimas décadas vienen siendo escenario de cambios culturales alborotados. Nos hacen vivir en crisis, una situación que tiene sus explicaciones y sus implicaciones. Unos se aferran al voluntarismo para restaurar la disciplina. Otros prefieren abrir el corazón al Espíritu que pasa por los signos de los tiempos y de los lugares. Y la oficialidad de la Iglesia soñando en blanco y negro, sin capacidad para soñar en color. Cuando nos mostramos más cohibidos que estimulados, solemos optar por lo seguro. Con peligro de embarcarnos en un modelo de Iglesia más atento a las fidelidades del pasado que a los apremios del presente. Se respira miedo en el Pueblo de Dios. El miedo a un futuro sin salida se convierte en miedo al presente sin sentido. Nuestra Iglesia... acosada y acusada. Un misterio y una misión, una historia de santidades e infidelidades, de poderes y cegueras. Ahí, el respeto se impone, la dignidad se conquista. Pero hay quienes confunden el respeto con el temor, e inspiran el segundo cuando creen conseguir el primero.

En este ambiente eclesial el concilio no puede ser un “futuro olvidado”, porque hay silencios repletos de elocuencia. La revista TESTIMONIO entra en la conmemoración de los 50 años del Concilio con el gesto abierto de quien tiene algo que celebrar, sin quedarnos en documentos solemnes, celebraciones transitorias o artificios de luces e incienso. Tampoco acudiendo a textos del Vaticano II para interpretarlos, más que para encarnarlos. El Concilio... tantas imágenes que siguen impactando nuestra imaginación, y que configuran las manifestaciones de los autores y autoras patrocinadas por el ferviente deseo de que el Vaticano II y la vida religiosa sigan siendo hoy como la mano y el guante, para encontrar uno en el otro la forma y, el otro en el uno, el calor.

El Concilio... nuevo Pentecostés, punto de partida y orientación ineludible que nos lleva a luchar contra la depresión en ambientes eclesiales, contra esa fuerza que desanima y desespera, que desgana y que nos posee como señorío idéntico al de un mal espíritu. Porque lo malo no es tener miedo, sino que el miedo nos tenga. El concilio nos contagia el vuelo del Espíritu: Alis grave nihil: Para quienes tienen alas no cuenta la ley de la gravedad.

Ciertamente la vida religiosa preconiliar entreveía los horizontes de su existencia sombríos y limitados. Se mostraba como quien cumple austeramente con la severidad de un rito. El ambiente eclesial donde se movía contaba con una rigidez apergaminada y lóbrega. Ese acontecimiento logró revolverle a la vida consagrada su abigarrado sedimento de emociones y seguridades. Le aportó la ley del contraste vigorizando la consagración, la comunidad, la misión. Le ofreció –y le ofrece– un entorno vital, ahíto de primavera.

Hay dos clases de experiencias: la ajena y la personal. Lo bueno es cuando sabemos sacar partido de la experiencia ajena; porque si aguardamos a sacarlo de la propia será un poco tarde. Si Testimonio le habla hoy del Concilio a los religiosos y religiosas que no lo vivieron, es porque quiere aportarles un conocimiento no solo informativo, sino performativo, un conocimiento enamorado y entrañado. Sigue siendo actual la invitación a valorar el mundo y discernir en su evolución los signos del Espíritu. La vida consagrada acoge la llamada a seguir con oído atento para captar las voces del viento y de la historia.

Lo bueno necesita aportar pruebas, y lo verdadero se detiene en la inteligencia; mientras que lo bello, sin necesidad de demostrarse, con mostrarse tan solo, penetra hasta el último reducto del corazón y del cerebro. Así como los ojos de un niño resumen la belleza del mundo, el acontecimiento del Concilio resume la belleza de la Iglesia en el siglo XX. Lo testimonia Juan Pablo II al decir: “Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”. Con el concilio la Iglesia trató de rendirse a su pequeñez creando esa obra armoniosa, de majestad y de belleza. Y efectivamente la lucidez frente al Concilio, y el ambiente social de la época, nos hace vivir hoy con intensidad.

Un signo vale si es claro, no necesariamente si es grande. Nuestra vida religiosa: ser un signo claro, más que grande; entendible, más que consistente; convincente, más que imponente; atrayente, más que aplaudido; auténtico, más que triunfalista. Es la hora de ir a lo esencial y no perdernos en las ramas. El mayor problema no es el número, sino la mediocridad espiritual, que se da cuando se oscurece la originalidad evangélica y se debilitan las motivaciones. Lo importante no es sobrevivir, sino encarnar nuestra razón

de ser, la vocación y misión confiada. No estamos para dar continuidad al instituto, sino para dar testimonio del Reino. El Reino es el sueño de Dios, la Pasión de Jesús, el destino de la raza humana. La vida, cada vida, y la historia son materia prima del Reino, al calor amoroso del Espíritu. La Iglesia, y la vida religiosa en ella, tendrá que salir siempre de un autoservicio obsesionado para ponerse al servicio de las urgencias del Reino.

Brindamos para que la celebración del acontecimiento conciliar desate experiencias en el Pueblo de Dios que pueden transformarse en esperanza. Acogemos el hálito del Espíritu que nos lleva a revitalizar todo lo que dependa de nuestra fe y de nuestras manos unidas. Somos deudores de una vida religiosa que en las últimas décadas ha logrado irse moviendo azuzada por una inefable esperanza. También hoy el Concilio nos lleva a sentir la felicidad de la vida consagrada en los cien pájaros que vuelan, no en el que tenemos en la mano.